

Educación, desarrollo y desigualdad

El sistema educativo constituye un mecanismo institucional esencial para potenciar el capital humano de un país. El análisis de los datos que ofrece el último Informe de Desarrollo Humano de la ONU demuestra que puede proporcionar un poderoso mecanismo social de distribución de bienestar y riqueza, contribuyendo a reducir las desigualdades y la pobreza en aquellos países en los que se ha incrementado la inversión pública en educación.

Existe cierto consenso entre los economistas al considerar que el **capital humano** afecta de manera decisiva el carácter y el ritmo de desarrollo económico de un país. De este modo, su principal mecanismo institucional de potenciación es el **sistema educativo**, que, a su vez, refleja la naturaleza y características de una sociedad y tiende a perpetuar, fortalecer y reproducir las estructuras sociales y económicas. Por ello, en algunos países en desarrollo el sistema educativo está agudizando, en vez de disminuyendo, las desigualdades.

Es precisamente en este contexto donde la economía del desarrollo provee importantes herramientas para evaluar la eficiencia de las inversiones en capital humano. Los instrumentos que comúnmente se han utilizado en este análisis son las **tasas de rentabilidad privada y rentabilidad social de la inversión en educación**. Estas son calculadas, a grandes rasgos, comparando el beneficio privado (o social) a lo largo de la vida del individuo, descontando los costes en los que incurre el individuo (o la sociedad en conjunto) para realizar dicha inversión. Sin embargo, existen determinadas carencias en este modelo analítico que han impedido alcanzar un grado de consenso suficiente al

respecto: por un lado, no disponemos de cálculos correctos de las tasas de rentabilidad de muchos países, no usándose siempre modelos econométricos homogéneos que validen las comparaciones entre ellos. Por otro lado, las contribuciones científicas a la medición de las tasas de rentabilidad de la educación han sido escasas y hoy en día precisarían de una actualización de los datos.

Inversión en educación

A pesar de estas valoraciones, los datos disponibles permiten esbozar algunas conclusiones generales que pueden resultar reveladoras. Tanto la tasa de rentabilidad privada como la social presentan valores positivos en cualquiera de los niveles educativos, por lo que, teóricamente –al igual que sucede en otras inversiones más convencionales–, toda inversión en educación resulta aconsejable (ver tabla 1). Sin embargo, si introducimos en el análisis la necesidad de distribuir recursos educativos escasos, hemos de valorar las divergencias entre el beneficio percibido por la sociedad en conjunto (encargada de financiar buena parte de la educación y receptora también de los beneficios de una población bien educada) y el beneficio percibido por el

individuo que recibe la educación. De este modo, tal y como han señalado varios estudios sobre la problemática, las tasas más altas de rentabilidad privada y social, tanto en países desarrollados como en subdesarrollados, se encuentran en el nivel de educación primaria y, a medida que ascendemos en la escala educativa, las tasas tienden a decrecer a un ritmo divergente, alejándose de esta manera los intereses privados y sociales.

La educación resulta una inversión relativamente más rentable en los países subdesarrollados que en los países desarrollados (vid. tabla 1), lo cual refleja una persistente escasez de capital humano. Los estudios del Banco Mundial (1999) muestran que la tasa privada de rentabilidad de la educación en muchos países subdesarrollados es superior al 30% anual en educación primaria, y alrededor del 20% anual en educación secundaria y terciaria¹. Sin embargo, los distintos contextos económicos en los que se encuentran los países desarrollados y los subdesarrollados sugieren la conveniencia de analizar por separado las implicaciones de esta divergencia.

Por un lado, en los **países subdesarrollados** el amplio diferencial entre las tasas de rentabilidad privadas y sociales en la educación universitaria conllevan un estímulo exagerado de su demanda, mayor que el producido en los niveles educativos inferiores. Esta divergencia puede originar una ineficiente localización de recursos cuando los intereses privados se superponen al criterio social de inversión. Conse-

En los países desarrollados existe un diferencial entre las tasas de rentabilidad social y privada que proporciona un margen suficiente de actuación que justificaría un mayor incremento de la inversión pública en Educación.

Tabla 1: Tasas de rentabilidad de la inversión en educación por nivel educativo, tipo de país y región (en porcentaje):

		Tasa social de rentabilidad			Tasa privada de rentabilidad		
		Primaria	Secundaria	Terciaria	Primaria	Secundaria	Terciaria
Países en desarrollo	África Sub-Sahariana	24	18	11	41	27	28
	Asia	20	13	12	39	18	20
	América Latina	18	13	12	26	17	20
Países desarrollados		14	10	9	22	12	12

Fuente: Psacharopoulos, G. (1994).

cuentemente, a efectos de conseguir una ganancia en eficiencia, habría que promover una inversión preferentemente orientada hacia los niveles educativos inferiores, a los que en estos momentos accede una proporción de estudiantes muy inferior a la que existe en los países desarrollados. De este modo, contrariamente a lo que podría pensarse, varios estudios muestran que el sistema educativo en muchos países en desarrollo está reforzando las desigualdades. Si por motivos financieros o por otras razones los estudiantes pobres de estos países no pueden acceder a los niveles superiores de educación, el sistema educativo tenderá a perpetuar, e incluso a aumentar, las desigualdades y la carencia de igualdad de oportunidades. Baste citar las cifras ofrecidas en el último Informe de Desarrollo Humano del PNUD (2003) para ejemplificar la magnitud del problema: "de los 680 millones de niños en edad de escolarización primaria (en los países en desarrollo), 115 millones no asisten a la escuela, tres quintas partes de los cuales son niñas"².

Por otro lado, los países desarrollados presentan un panorama muy distinto. Aunque las mayores tasas de rentabilidad se sitúan también en la educación primaria (obligatoria y garantizada para toda la sociedad), el diferencial entre las tasas de rentabilidad de los tres niveles educativos es mucho más ajustado, quizás porque en este grupo concreto de países la creciente tecnificación sugiere que la inversión en estudios universitarios contribuye de una manera importante a la sostenibilidad del crecimiento. Sin embargo, las elevadas tasas de rentabilidad en la educación primaria sugieren también que la potenciación de este nivel educativo (en este caso no a través del incremento del número de

alumnos sino a través de mejoras en calidad) reportaría beneficios elevados a las sociedades desarrolladas. En concreto, el diferencial existente entre las tasas de rentabilidad social y la privada permiten un amplio margen de actuación que justificaría un mayor incremento en la inversión pública, enfocada a mejorar la calidad de la educación ofertada (reflexión que se conecta directamente con algunos debates que vivimos últimamente en España a este respecto).

La magnitud de las diferencias en gasto público en educación básica y terciaria entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado, y la divergencia con el criterio de inversión eficiente señalado anteriormente, revela contrastes alarmantes entre estos dos mundos: por un lado, la media estimada de gasto público por alumno en los países desarrollados es un 20% del nivel de renta *per capita* en educación primaria y secundaria, y un 25% en la superior (vid tabla 2). En contraste, los países en desarrollo invierten tan sólo un 12% de su nivel de renta *per capita* en cada alumno de primaria y secundaria, frente a un 68% en cada alumno de educación terciaria (compárense estas cifras con las tasas de rentabilidad privada y social de esta inversión reflejadas en la tabla 1).

Asimismo, tal y como revela el último informe del PNUD, la mediana del gasto público en educación en los países de alto

desarrollo humano representa el 4,8% del PIB, frente al 4,2% en los países de desarrollo humano medio y el 2,8% en los países de desarrollo humano bajo³. (Vid tabla 3).

Otros aspectos relacionados con esta cuestión cuyo análisis debería profundizarse desde la óptica del estudio de las tasas de rentabilidad de la educación son, enunciados esquemáticamente, los siguientes:

- El coste de oportunidad de la educación⁴ puede constituir un factor decisivo de desigualdad si no se establecen los mecanismos adecuados para incentivar el estudio de las personas procedentes de familias más desfavorecidas, compensando el coste que supone su *incorporación* al mercado laboral, a través de sistemas de becas progresivas. De este modo, la relación positiva entre el nivel de educación y la remuneración esperada sugiere que las grandes diferencias de ingresos entre trabajadores cualificados y no cualificados tenderán a perpetuarse si estos últimos no acceden a los niveles educativos más altos. Por ello, las tasas, matrículas y costes ascendentes del sistema educativo pueden conformar un proceso gradual de eliminación de los alumnos relativamente más pobres, dificultando la movilidad social y limitando la igualdad de oportunidades en el acceso a la educación.

Tabla 2: Media estimada del gasto público por alumno en educación, 1997:

	Media		Primaria y Secundaria		Terciaria	
	EEUU\$	% renta per capita	EEUU\$	% renta per capita	EEUU\$	% renta per capita
Países desarrollados	5.360	21	4.992	20	6.437	25
Países en desarrollo	194	16	150	12	852	68

Fuente: PNUD (2001), p. 91 (extracto de la tabla original).

Tabla 3: Gasto en educación pública:

Clasificación según IDH	Gasto en educación pública				Gasto en educación pública por nivel (% de todos los niveles)					
	% del PNB		% del gasto público total		Preescolar y primaria		Secundaria		Terciaria	
	1990	1998-2000	1990	1998-2000	1990	1998-2000	1990	1998-2000	1990	1998-2000
Desarrollo humano alto										
1. Noruega	7,1	6,8	14,6	16,2	39,5	...	24,7	...	15,2	...
3. Suecia	7,4	7,8	13,8	13,4	47,7	...	19,6	...	13,2	...
7. Estados Unidos	5,2	4,8	12,3
13. Reino Unido	4,9	4,5	...	11,4	29,7	33,2	43,8	46,7	19,6	20,1
17. Francia	5,4	5,8	...	11,5	27,3	...	40,7	...	13,8	...
19. España	4,4	4,5	9,4	11,3	29,3	33,9	45,0	46,0	15,4	20,1
Desarrollo humano medio										
57. Bulgaria	5,2	3,4	70,7	41,7	...	43,9	13,9	14,4
58. Malasia	5,2	6,2	18,3	26,7	34,3	31,8	34,4	32,9	19,9	31,9
74. Tailandia	3,5	5,4	20,0	31,0	56,2	36,0	21,6	27,1	14,6	24,1
75. Ucrania	5,2	4,4	19,7	15,7	54,9	14,4	15,0	53,1	15,1	19,9
104. China	2,3	2,1	12,8	37,4	...	32,2	...	15,6
127. India	3,9	4,1	12,2	12,7	38,9	39,4	27,0	40,5	14,9	20,1
Desarrollo humano bajo										
143. Nepal	2,0	3,7	8,5	14,1	48,2	60,0	15,7	24,6	23,3	11,9
146. Kenya	6,7	6,4	17,0	22,5	50,3	1,4	18,8	0,7	21,6	11,5
156. Senegal	3,9	3,2	26,9	...	43,9	42,5	25,7	25,3	24,0	23,1
170. Mozambique	3,9	2,4	12,0	12,3	49,8	...	15,7	...	9,9	...
171. Burundi	3,4	3,4	16,7	...	46,8	38,0	29,1	35,0	22,0	26,9
174. Níger	3,2	2,7	18,6	39,5	...	23,6	...	28,1

Fuente: PNUD (2003), pp. 266 - 269 (extracto de la tabla original).

Los residentes en zonas rurales y las mujeres presentan las tasas de rentabilidad social y privada de educación más elevadas por grupos sociales. En consecuencia, el desarrollo rural debería ser concebido en una perspectiva más amplia, de manera que el sistema educativo contribuyera en la mejora de los niveles productivos enseñando a los estudiantes a operar de manera más eficiente en el entorno rural⁵. A su vez, la reorientación de recursos educativos ya existentes hacia la educación de mujeres, junto a programas de empleo rural y urbano para mujeres, contribuiría a la consecución del doble objetivo de reducción de la fertilidad y alivio de la pobreza en los países menos desarrollados. De esta manera, la educación de la mujer en el mundo en desarrollo debe ser considerada como un elemento indispensable en la ruptura del círculo vicioso multigeneracional que mantiene a las mujeres ancladas en ciclos de escasa salud y cuidado de los hijos, escaso éxito educativo, bajos ingresos y alta fertilidad.

Por último, varios estudios concretos muestran que parte del problema reside en la existencia de restricciones en el acceso al crédito para las familias pobres, así como en el mal uso de los subsidios estatales de la educación. En este sentido, habría que estudiar hasta qué punto un sistema público de subsidios que respondiera a los criterios de inversión anteriormente señalados y a una estructura impositiva progresiva (es decir, ajustada en función de la renta del individuo) podría resultar más adecuado como estrategia complementaria en la lucha contra la desigualdad.

En definitiva, hay que entender que el sistema educativo constituye un poderoso mecanismo social de distribución del bienestar y la riqueza, así como una importante inversión en desarrollo, que si no se orienta de manera adecuada puede contribuir a perpetuar las desigualdades y la pobreza. El análisis económico permite fijar criterios de rentabilidad y eficiencia en estos ámbitos que podrían aportar más luz a la compleja relación entre educa-

ción, desarrollo y desigualdad. Es por ello que en la cooperación al desarrollo deberíamos esforzarnos en aportar nuevas ideas y estudios empíricos, desde el convencimiento de que la asistencia institucional al mundo subdesarrollado, a través de profesionales capacitados, debe ser un compromiso moral de los países más avanzados. Por ello, la posición privilegiada de España en este aspecto demanda una capacidad más rigurosa de colaborar, contribuyendo a la formación de especialistas en desarrollo económico, comprometidos y capacitados para canalizar eficazmente la ayuda que se ofrece al mundo en desarrollo y de este modo conseguir que la Ciencia Económica se ponga verdaderamente al servicio del desarrollo humano. ♦

1 World Development Report, 1998/1999, p. 51.

2 Informe de Desarrollo Humano, PNUD, 2003, p. 93.

3 Informe de Desarrollo Humano, PNUD, 2003, p. 93.

4 Medido como el salario que deja de percibir el individuo en el mercado laboral por dedicar su tiempo a la educación.

5 Ver propuestas de Coomb, P. H. Ahmad, M. (1979), *Attacking Rural Poverty: How Nonformal Education Can Help*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.